

# ¡México: hazte valer!

1

SI de alguna teoría científica puede asegurarse que abrió nuevos rumbos a la especulación sociológica, situándose, como diría un aristotélico, en el «justo medio» que implica la verdad, esa teoría es la célebre afirmación de Mr. Franklin Giddings, Profesor de la Universidad de Columbia, que ve en los hechos de la vida social una firme y constante actuación de la *conciencia de la especie*. Porque, tender a explicar la sociedad humana por lo intrínseco y no espiritual es, en suma, negarla, dentro de un materialismo absurdo que disfraza la originalidad de las obras históricas, desde las más humildes hasta las más encumbradas; desde el fetiche polinesio hasta la religión cristiana; desde la incipiente organización política de la tribu nómada hasta el cíclopeo Imperio Romano, y desde la pintoresca danza semibárbara de los australianos hasta la tragedia de Esquilo y de Sófocles.

Conforme a la teoría de Giddings, el mismo hecho fundamental que une a los hombres entre sí, dentro de un grupo determinado, es la causa de la subdivisión del grupo y de la existencia separada de otros grupos humanos diferentes; porque todos tendemos, psíquicamente, a unirnos a lo que es como nosotros y apartarnos de lo que no se manifiesta por modo análogo a nuestra propia actividad. De esta suerte, lo semejante se une a lo semejante y se distingue de lo diferente. Por ejemplo: en un país dado existen diversas comuniones religiosas. Los individuos que tienen la misma fe, se unen entre sí; y los que profesan otras convicciones, forman otras comunidades de creyentes. Compruébase el principio aun dentro de los miembros de una misma familia. Todos son hijos del propio padre; todos han recibido educación semejante; sin embargo, los más afines por el temperamento y el carácter viven más estrechamente unidos. La «afinidad electiva», que dijo Goethe, es una forma de la conciencia de la especie. Y ha habido seres magníficos y excepcionales, como San Francisco de Asís, que, más sociables que todos los hombres, llevaron su comunidad victoriosa más allá también de los límites de la misma humanidad, llamando «su hermano» al perro, al viento y al Sol. Para el bienaventurado taumaturgo que se desposó con la «hermana pobreza», como dice Dante, después de trece siglos de viudez de la insigne dama, todo cabía en su anhelante co-

razón: malos y buenos, fuertes y débiles, seres animados e inanimados, todos tenían afinidad con él. Su amorosa entraña, su corazón desbordante, ardía como una ascua mística en el centro de la creación. Si los hombres fuésemos como él, la conciencia de la especie unificaría la existencia en una sociedad universal, y la hermana Muerte y el hermano Diablo serían aniquilados en una ala gigantesca de amor.

2

Pero, ¡qué lejos de este ideal de paz universal y sociedad única vivimos los hombres contemporáneos y, con especialidad, los mexicanos! Nuestra patria posee, por desgracia, una débil conciencia de la especie, una mortecina y anémica conciencia. En Francia, acaso la más unificada de las naciones de la historia, si acierta a volar un avión alemán traspasando la frontera oriental de la República, la nación entera se yergue como un solo individuo y se apercibe a vengar la afrenta recibida. Como por intermedio de una red magnética se comunican las voluntades y tienden a realizar el acto múltiple y único: la gallarda defensa de la patria en peligro. En México, durante la invasión norteamericana, ¡triste es declararlo!, algunos mexicanos pusieron sobre la República sus minúsculos odios de partido, y la acción múltiple no se pudo lograr. El enemigo, después de una serie de derrotas terribles, enarboló su pendón de victoria sobre el viejo palacio de los virreyes y así proclamó la debilidad de nuestra conciencia colectiva, tan afrentosa, al menos, como la misma derrota militar.

El más urgente de nuestros problemas estriba en difundir y propagar por todos los medios posibles el verdadero patriotismo, esto es, la conciencia de la colectividad mexicana. Nuestro individualismo exaltado, nos aísla de nuestros semejantes y nos aparta de nuestros prójimos, de nuestros hermanos. (Prójimo quiere decir próximo, cercano, inmediato).

¿Cómo vamos a amar a los extraños si nosotros mismos no nos podemos amar? Las razas que más se aman a sí mismas son las que mejor respetan y estiman a los extranjeros, las que poseen un espíritu más cordial. Véase en el caso de los Estados Unidos. Conscientes de sí mismos, y, por ello abiertos propiciamente a los emigrantes del mundo que, desde el corazón de Europa o desde las playas remotas del Oriente, concurren en Nueva York a colaborar con los nacionales y

a sentirse, bien pronto, ciudadanos del propio país.

Nuestro individualismo recalcitrante, no resulta de la superioridad espiritual que hace de cada hombre de genio una torre de Dios, aislada espléndidamente. No; procede más bien de nuestras terribles limitaciones psicológicas, de nuestras pasiones irreconciliables. ¡Qué pocos hombres geniales ha dado México a la humanidad! Un Morelos, una Juana Inés de la Cruz, quizás; un Manuel Gutiérrez Nájera o un Amado Nervo; un Joaquín García Icazbalceta... La enorme mayoría de los pobladores de este país no se distingue por los dones excepcionales de una individualidad psíquica poderosa, sino por la riqueza absurda de emociones hondas y vehementes que saltan como corceles desenfrenados sobre los privilegios incommovibles de la razón. Por eso todos queremos el primer lugar y maldecimos de los que lo ocupan. Por eso bregamos sin término en formidables contiendas públicas y privadas. Por eso nos herimos y nos despedazamos sin tregua, en tanto que otras naciones más venturosas se aman a sí mismas y se hacen valer. Nietzsche ha dicho: «sobre las puertas de nuestro tiempo está escrito: *hazte valer*». ¡México: *hazte valer!*

En la escuela, en el taller, en la iglesia, en el laboratorio, substituyamos la pasión con la compasión, la antipatía tradicional con la simpatía, la ofensa con la inteligencia y el perdón; porque si no nos amamos a nosotros mismos, ¡Santo Dios!, ¿quién nos amará?

Afiancemos los músculos de una nación que parece derrumbarse; organicemos nuestra conciencia de la especie, la conciencia nacional, hoy hecha añicos, átomos dispersos y enemigos; y que otros días venturosos contemplen a los mexicanos más próximos unos a otros en el plano misterioso y realísimo del alma. Al fin el amor es más fácil y menos molesto que el odio; significa descanso y no arrebató; confianza y paz. ¡México: hazte valer!

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas. México. D. F.)

